

A proporcion que las circunstancias se complicaban, se hacia mas activo el celo de Picquet. En 1758, destruyó los fuertes ingleses sobre la rivera de Corlac; pero al fin la batalla de 13 de setiembre de 1759, en que el marqués de Montcalm fué muerto, arrastró la pérdida de Quebec y de allí á poco la del Canadá. Entonces concluyó Picquet su dilatada y penosa carrera, retirándose en 8 de mayo de 1760; pero no se determinó á ello sino con el consentimiento y dictámen del general, del obispo y del intendente, y cuando vió que ya no podia tener mas esperanza que la de caer en manos de los ingleses.

Al tomar posesion del Canadá el general Amherst, trató luego de saber en dónde podria haberse ocultado el misionero, y cuando se cercioró de que habia salido para volver á Francia por el Oeste, dijo públicamente: «Mucho lo siento; ese misionero no hubiera sido menos fiel al rey de Inglaterra, si hubiera llegado á prestarle juramento de fidelidad, que lo que lo ha sido al rey de Francia: nosotros le hubiéramos otorgado toda nuestra confianza, y él no hubiera podido menos de otorgarnos la suya.» Mucho se engañaba este general: Picquet profesaba un estremado amor á su patria, y no hubiera podido adoptar otra. Asi es que al fin los ingleses le proscribieron y señalaron precio á su cabeza como á la de un enemigo muy peligroso. Sin embargo, ellos mismos habian contribuido á cimentar la gloria y los servicios de este insigne misionero, diciendo en una de sus gacetas: «El jesuita del Oeste ha separado de nuestro partido á todas las tribus comprometiéndolas en los intereses de la Francia.» Llamábanle el jesuita del Oeste, porque el celo de los jesuitas, tan conocido en el Nuevo Mundo, les hacia creer que un misionero tan ilustre no podia menos de ser jesuita. Picquet murió en Francia en 13 de julio de 1781. Este misionero fué de magestuosa estatura, y de fisonomia franca é interesante, siendo de

notar que, no obstante la austeridad de sus costumbres, sus palabras rebotaban en cordial y sincera alegría. De él puede decirse que convertia infieles al son de instrumentos músicos, pues como era teólogo, orador y poeta, cantaba y componia cánticos tanto en el idioma de su pais, como en el iroqués, con los cuales se cautivaba la atencion y el afecto particular de los salvages; con unos era como un niño, con otros como un héroe. Tambien sabia aprovechar algunos conocimientos que tenia en la mecánica para construir algunos enseres, con lo que se granjeaba la fácil admiracion de los indigenas. En una palabra, se valia de cuantos medios podia para adquirir prosélitos y aficionárselos: así es que su industria, sus talentos y su celo, produjeron todos los buenos resultados que se podian esperar.

Otro misionero, cuyo nombre debe tambien anotar la Historia de la Iglesia con igual respeto, es el del P. Pedro Luis Boutin, calificado con el dictado de apóstol de Santo Domingo, que pasó á aquellas regiones en 1705, y que en los treinta y siete años que permaneció en la mision dió constantes ejemplos de una virtud heroica. La reputacion de su mérito y santidad se divulgó por toda la Francia muchos años antes de su muerte, sobre todo en los puertos de mar y entre los marineros, con los cuales mantenía estrechas relaciones por haberse encargado particularmente del cuidado de la rada, en la que desempeñaba todas las funciones curiales. Los marineros no hablaban sino del P. Boutin y le llamaban su padre y director. Este santo obrero apostólico nació en Tour-Blanche en el Perigord, y entró en la Compañía de Jesús en la provincia de Guyena. Todo anunciaba en él una santidad eminente: su rostro era pálido y demacrado, su mirada estremadamente modesta, y sin embargo, sus ojos brillaban con singular fuego de entusiasmo, cuando predicaba ó hablaba de Dios, y en tales casos tomaba tambien

su voz un timbre, que parecia incompatible con aquel cuerpo tan débil y estenuado. Su modo de predicar era sencillo y nada afectado. Hablaba de la abundancia del corazon, y procuraba mas corregir las costumbres que lisongear el oido. Tenia sin embargo rasgos de una elocuencia impetuosa, que acompañados de brillantes modulaciones de la voz, eran á propósito para llenar de terror al hombre mas encallecido en el pecado. Su moral era severa, y su exterior no respiraba mas que austeridad; pero los pecadores penitentes estaban seguros de encontrar en él toda la caridad y toda la dulzura que podian acabar de ganarlos para Jesucristo. Asi es que una de las ocupaciones mas penosas y continuas de su vida fué el dedicarse al confesonario. Constituíase en la iglesia parroquial al rayar el dia y estaba dispuesto á oír á cuantos recurrían á él. Los marineros y los negros eran los que ocupaban singularmente su atencion: escuchábalos con paciencia, y les daba las oportunas instrucciones segun sus necesidades.

Estos trabajos y las continuas correrías que se vió obligado á hacer por paises escabrosos y de vasta estension, causaron una funesta impresion en su salud, que era naturalmente no poco robusta. Donde tuvo mas ocasion de desplegar su celo y talentos apostólicos, fué particularmente en el Cabo, donde por obediencia tuvo que residir nueve años, despues de haberse empleado en varias parroquias de los alrededores. Cien veces se ha preguntado y aun no se ha podido comprender cómo un hombre solo podia bastar para tan diferentes ocupaciones. Y sin embargo, á él no le causaban al parecer ninguna novedad, y por apremiado que de ellas se viese, nunca se descubria en su exterior señal alguna que no revelase la profunda tranquilidad que su espíritu gozaba: lo cual no podia ser fruto sino de una íntima union con Dios de cuya contemplacion parecia no separar un punto la vista mientras vivió. Puede tambien asegurar-

se que él cumplia literalmente el precepto evangélico de estar orando sin cesar. Levantándose diariamente del lecho á la hora señalada por la regla, despues de su oracion particular, se iba á la capilla doméstica donde hacia oracion con los negros de la casa, á quienes acababa de despertar: luego constituyéndose en la parroquia, permanecía de rodillas hasta que se presentase alguno al tribunal de la penitencia. En esta postura pasaba dos y á veces tres horas con tal recogimiento y devocion, que edificaban notablemente á quien tuviese ocasion de contemplarle. Declábase que era preciso tener cuerpo de hierro para sufrir tanto tiempo aquella incómoda postura en un clima tan cálido.

Algunas razones de obediencia le hicieron dejar la parroquia del Cabo, y entonces se dedicó exclusivamente al cuidado de los negros y de los marineros. Para socorrer á estos últimos tenia que andar casi una legua por la rada, y despues trasladarse en un bote á cada buque en que hubiese enfermos; de manera que apenas volvia de una embarcacion cuando tenia que ir corriendo á otra, y esto de dia y de noche.

El cuidar de los negros en el Cabo era un trabajo de los mas penosos. Pasaba de cuatro mil su número en la ciudad y dependencias de la parroquia cuya estension era de una legua muy larga en contorno, entre montañas donde habia multitud de habitaciones de difícil acceso por estar situadas en puntos escarpados. El P. Boutin hizo un estudio particular para la direccion y enseñanza de los negros, lo cual exige un celo y una paciencia á toda prueba, porque son hombres de una naturaleza grosera, de difícil comprension, y que se espresan con dificultad en una lengua que apenas entienden y que jamás hablan bien. Pero el santo misionero, que no veia en aquellos infelices mas que unos elegidos que la Providencia saca de su pais con la mira de hacerles ganar el cielo por la miseria y cautividad á que

su condicion los sujeta, consiguió á fuerza de trabajo y constancia entenderlos y darse á entender. Tambien adquirió un regular conocimiento de los dialectos de todos los pueblos de la costa de Guinea, de donde se llevaban esclavos á las colonias europeas, y hay que advertir que la irregularidad de aquellos dialectos bárbaros, que ni la mas remota conexion presentan con nuestros idiomas y que son muy diferentes entre sí, hace que su comprension sea estremadamente difícil. Valiase de estos conocimientos para emplearlos en beneficio de los negros, que cayendo enfermos antes de haber aprendido el francés para disponerlos al Bautismo, hubieran acaso fallecido sin poder recibir esta gracia. Para los que despues de algun tiempo de permanencia en las colonias empezaban á entender algo el francés, el misionero usaba en sus instrucciones públicas, acomodándose á su inteligencia, de una especie de *jerga*, que es su lenguaje habitual, y en la que tiene que hablarles el que desee darse á entender. Este modo de instruir es sumamente penoso, porque el negro, que como ya se ha dicho tiene naturalmente una inteligencia muy limitada y es apenas capaz de emulacion, exige, si ha de emplearse con algun fruto la instruccion, que se le repitan de cien modos diferentes y acomodados á su modo de pensar los primeros elementos de la Religion.

El P. Boutin fué el primero que á los propietarios que tenian negros sin bautizar les impuso la obligacion de enviarlos todas las noches al pórtico de la iglesia, donde les hacia aprender la doctrina para disponerlos á recibir el Bautismo. Para conferirselo á los adultos, seguia la antigua práctica de la Iglesia, es decir, que esceptuando algunas circunstancias particulares, no les administraba el Sacramento sino dos veces al año, á saber, el Sábado Santo y la vigilia de Pentecostés. Tales dias eran para el misionero de un trabajo indecible, pues no bajaban de doscientos ó trescientos los adultos que habia que bautizar. El fué tambien quien

estableció en los dias festivos una misa particular para los negros, que acostumbraba decirse un poco despues de la mayor. Dábase principio á ella por medio de cánticos espirituales relativos al Santo Sacrificio, cuyas estrofas repetian en pos de él á coro los negros, y luego les hacia rezar la oracion de la mañana. Despues del Evangelio de su Misa, les explicaba el Evangelio del dia; todo segun su estilo, pero intercalando á veces máximas á propósito para instruccion de los blancos que tambien asistian á la Misa. Terminábala con la explicacion de la doctrina, de manera que en estos piadosos ejercicios se pasaba toda la mañana, y esta costumbre la sostuvo con tanta constancia durante los veintitres años que estuvo en el Cabo, que por una gracia especial del Señor, apenas faltó un solo dia á cumplirla á pesar de la debilidad aparente de su complexion y del excesivo calor del clima, que abate y rinde aun á las personas que permanecen en la inaccion. Habia llegado á familiarizarse tanto con la abstinencia que se puede decir que su vida era una euresma perpétua. Era una cosa muy rara verle tomar alimento alguno antes del medio dia. Esta era la hora en que regresaba á su casa abrumado de fatiga, pero sin quejarse: para comer, nunca usaba mas que manjares muy comunes, y no habia mas que agua apenas teñida con unas gotas de vino. Despues de la comida, y en especial por la noche, iba á la capilla y pasaba de rodillas ante el Santísimo Sacramento todo el tiempo que la regla permite pasar en algun recreo; pero para este santo varon estaban de mas todas las distracciones. Finalmente, el dia tan útilmente empleado le terminaba dirigiendo la oracion de los negros dependientes de la casa, del mismo modo que se la hacia hacer por la mañana. El celo del fervoroso misionero, siempre atento al bien espiritual de la colonia, le inspiraba constantemente proyectos que no hubiera podido realizar sin una paciencia tan acrisolada como la suya. Viendo que muchos enfermos se queda-

ban sin poder acomodarse en el hospital del rey por falta de localidad, el P. Boutin organizó otro dentro de la poblacion, y recibia en él á cuantos enfermos se presentaban, facilitando su manutencion y demas gastos indispensables con las limosnas que podia recoger. Mas habiendo los religiosos de la Caridad convenido en admitir todos los enfermos de la ciudad que se presentaran, el misionero renunció á su hospital y convirtió su celo hácia otros objetos.

Habia en aquella época una porcion de niñas huérfanas que apenas podian encontrar personas caritativas que proveyesen á su subsistencia. El P. Boutin creyó no poder emplear mas útilmente los fondos que podia adquirir de donativos y limosnas que algunas buenas almas ponian á su disposicion. Con este objeto compró en el Cabo algun terreno para edificar. No se pasó mucho tiempo en poder servir de asilo á quince huérfanas, de cuya educacion se encargaron dos piadosas personas, tomando asimismo por su cuenta la enseñanza gratuita de todas las niñas del Cabo. En este establecimiento se enseñaba á las jóvenes, no solamente los preceptos de la piedad, sino tambien á leer y á escribir, aprendiendo además todas las labores propias del sexo, y que en lo sucesivo pueden servir para ayudarles á ganar la vida ó á ser útiles en sus propias casas. Hubo algunas de estas que se establecieron ventajosamente y llevaron á sus familias los frutos de una educacion cristiana. Este establecimiento no era mas que el prelude de un proyecto mas sólido y vasto, que el misionero deseaba con ansia llevar á cabo, y consistia en hacer venir de Europa religiosas para que se encargaran de la educacion de las niñas criollas. Los habitantes de Santo Domingo, aislados en sus habitaciones, no tenian medios ni acaso el temple de alma necesario para educar á sus hijos. Los mas acomodados tomaban el partido de enviarlos á Francia; pero sabido es que lo que presenta utilidad y acaso es nece-

sario para los niños, varía de condicion y está lleno de inconvenientes tratándose de las jóvenes, por los azares que pueden ocurrir á su tierna edad en navegaciones muy largas; azares de que desgraciadamente se han visto no pocos ejemplos. La colonia tenia, pues, una estremada falta de este recurso, y el P. Boutin tuvo el ánimo suficiente para satisfacerla. Creyó que para ello nadie era mas á propósito que las religiosas de la congregacion de Nuestra Señora, cuyo primer establecimiento habia tenido lugar en Burdeos, y no le costó mucho trabajo decidir á estas piadosas hermanas, que segun su instituto no buscan mas que la gloria de Dios y la salvacion de las almas, á que se prestaran complacientes á cooperar á la obra tan santa que el misionero les proponia.

El P. Boutin tuvo el consuelo de saborear en los últimos años de su vida el fruto de sus trabajos; pero antes tuvo que sufrir el peso de no pocas cruces y contrariedades. La libertad apostólica de sus palabras, su firmeza en oponerse al vicio, y su actividad en la ejecución de sus piadosos planes, le suscitaron enemigos de todas condiciones, persecucion y sufrimientos de mas de un género. La prudencia humana vituperó mas de una vez su modo de obrar, y la envidia particular, con la máscara del bien público, se dedicó á desacreditar sus proyectos y á mancillar su reputacion. El santo misionero no opuso á todo esto mas que su energía en sostener los intereses de Dios y en sufrir los efectos de la malicia de los hombres. Asi superó todos los obstáculos, y obligó, en fin, á todo el mundo á que le hiciera justicia confesando que el celo de la gloria de Dios era el único móvil de todas sus operaciones. Habia ya algunos años que sus adversarios se habian convertido en admiradores y panegiristas suyos; tanta es la fuerza que la virtud sólida y constante ejerce en el ánimo de los mismos que le son menos favorables. Admiraban en él una regularidad no desmentida en ocasion alguna, un amor singular á la pobre-

za, una mortificación continua, una caridad tierna para con sus hermanos; en fin, una union íntima y continua con Dios: lo cual, sin embargo, no le impedía cultivar á ratos perdidos las mas sublimes ciencias, y particularmente la del movimiento de los cuerpos celestes, todo á causa de la utilidad que este estudio puede tener para la Religion. En veinte y tres años que llevaba de permanencia en el Cabo, apenas se le habia visto guardar cama una ó dos veces; mientras que los temperamentos mas robustos de muchos misioneros jóvenes recién idos, cedían diariamente á la violencia de las enfermedades. Este contraste era una especie de prodigio que llenaba de admiracion á todo el mundo. ¿Cómo un hombre tan enjuto, tan demacrado y tan oprimido de trabajo, que no guardaba consigo mismo consideracion de ninguna especie, podia sostenerse y desempeñar aquella multitud de ocupaciones que otros muchos reunidos acaso no hubieran podido llevar á cabo? Mas al fin llegó tambien para él su hora, pues murió en 24 de noviembre de 1742, á la edad de sesenta y nueve años y algunos meses. Conocido por todas partes y en todas querido y respetado, su muerte fué generalmente sentida. Todos, sin diferencia de color ni condicion, lamentaron la pérdida que la colonia acababa de sufrir, no economizando alabanzas, ni dudando un momento en colocarle en la categoría de las almas bienaventuradas que ocupan las mas sublimes regiones celestiales. Entonces se reprodujo aquel piadoso afán que suele ocurrir en la muerte de los Santos, de obtener algun pequeño giron de sus pobres vestidos ó alguna otra cosa de las pertenecientes á su uso.

Apenas la guerra de que hemos hablado estalló en Europa entre Francia é Inglaterra, cuando los ingleses salieron de la América septentrional para cruzar por las islas que están á sotavento de Cayena. Los misioneros, que por la gloria de Dios habian explorado la Gu-

yana, no habian encontrado mas que pueblos groseros y bárbaros, hombres sin leyes, sin dependencia, sin sombra de cultura, ni educacion, ni tintura alguna de Religion; y que carecian hasta de los primeros rudimentos de las virtudes morales; en una palabra, verdaderos salvajes, que, al parecer, no tenian de racionales mas que la figura. Pero al menos los misioneros, ocupados en la conversion de aquellas diversa sribus, no tenian ni idolatría que destruir, ni ídolos que derribar, y estaban por lo tanto exentos de las persecuciones que naturalmente deben esperarse de parte de los poderosos obcecados en la idolatría: sus instrucciones se dirigian á corazones dóciles y jamás aconteció que ningun salvaje opusiera la menor dificultad á las verdades que se le anunciaban. Aunque en el número de neófitos que se habian convertido á la fé hubiese algunos lánguidos y tibios, muchos conservaban, sin embargo, hasta la muerte un admirable fondo de piedad: y por su asiduidad en la oracion y por todos los demas ejercicios de una verdadera devocion, manifestaban tanto fervor como se suele observar en Europa entre los mas fervorosos congregantes. Mas durante la guerra, llevada á aquellos paises por unos corsarios ingleses, los misioneros se vieron perturbados en el pacífico ejercicio de su ministerio. Uno de ellos, el P. Fauque, que permaneció algun tiempo prisionero de dichos piratas, ha dejado, en una carta de 27 de diciembre de 1744, una relacion de las devastaciones sacrilegas á que estos se entregaban; y como si su capitán hubiese querido demostrar al sacerdote de Jesucristo que la heregia lleva constantemente hasta el último esceso su animosidad contra el gefe visible de la Iglesia: «¿Sabeis, le dijo, que mañana 5 del presente mes de noviembre, segun nuestro modo de contar (porque para los franceses era el dia 15), nosotros los ingleses celebramos una gran fiesta?» — «¿Y qué fiesta es esa?» preguntó el P. Fau-

que.» — «Quemamos al Papa,» replicó el capitán riéndose. — «Esplicadme, añadió el misionero, en qué consiste esa ceremonia.» — «Vestimos burlescamente,» dijo el pirata, una especie de maniquí ridiculo, que llamamos Papa, y que en seguida arrojamos á una hoguera, entonando canciones en memoria del dia en que la corte de Roma separó de su comunión á la Inglaterra. Mañana, los hombres de nuestra tripulacion que están en tierra, harán la ceremonia.» En el acto mandó izar su bandera y su pabellon: los grumetes subieron á las vergas, el tambor batió marcha, y entre el estrépito de las salvas de artillería dieron cinco veces el grito de ¡viva el rey! Llamó en seguida el capitán á un marinero, que con gran satisfaccion de los que entendian su lengua, entonó una pesada cancion que contenia aquella indigna historia. Por este rasgo puede juzgarse cuántos obstáculos opondria el comercio de los ingleses á la conversion de los salvajes: aquellos herejes se hallan siempre dispuestos á suscitar controversias: ¿cómo un pobre salvaje ha de hallarse en el caso de poder elegir entre dos opiniones encontradas?

No acabaremos de hablar de Guyena sin mencionar una empresa caritativa á que la Providencia suministró la ocasion, y que igualmente sirvió para gloria de Dios que para el bien de aquella colonia. Sabido es que las principales riquezas de los habitantes de la América meridional consistian en los esclavos negros, que los barcos de la sociedad mercantil ó de los mercaderes franceses iban á buscar á Guinea para trasportarlos en seguida á las islas francesas. Este comercio era estremadamente lucrativo, pues un esclavo que en el Senegal no costaba mas que cincuenta escudos ó doscientas libras francesas, se vendia en Cayena hasta por mil doscientas y mil quinientas. Asi que el buque negrero llegaba al puerto, el capitán, despues de haber dado los pasos prescritos por las Reales ordenanzas, tanto

cerca del almirante como de las demas autoridades, alquilaba un almacen grande en donde desembarcaba todo su cargamento, y alli como en un mercado iban los compradores á elegir esclavos para llevarlos á sus casas despues de convenirse en el precio. ¿Qué doloroso es para un hombre razonable y capaz de reflexion ver que un semejante suyo sea vendido como una bestia de carga! ¿Qué hemos hecho, quien quiera que seamos, en servicio de Dios, para no tener la misma suerte que aquellos desgraciados? Sin embargo, los negros, acostumbrados por la mayor parte á gozar de libertad en su patria, se acostumbraban difícilmente al yugo de la esclavitud y algunas veces les era enteramente insoportable, pues algunos años no solo no tenian con ellos las consideraciones que la Religion manda, pero ni tan siquiera las atenciones que la humanidad exige. Asi sucedia que la desesperacion les obligaba á huir, á lo cual llamaban en términos de su jerga *ir á marronear*, y esto era tanto mas fácil en Cayena, cuanto que es un pais, digámoslo así, sin límites y erizado de montes por todas partes. De semejantes fugas (*ó marronages*) no podian menos de resultar infinidad de desórdenes. A fin de remediarlos habia un código particular que determinaba expresamente penas para los esclavos que caian en esta falta. La primera vez que un esclavo fugado era aprehendido, si el dueño habia tenido la precaucion de denunciarlo á la autoridad, se le cortaban las orejas y se le estampaba una flor de lis en la espalda, si se le cogia un mes despues de la delacion. Si reincidia y despues de haber dado parte á la justicia estaba un mes ausente, se le cortaba un jarrete; y á la tercera vez incurria en pena de horca. No puede dudarse que la severidad de estas leyes contenia en su deber á la mayor parte de los esclavos; pero nunca faltaban algunos temerarios que no tenian inconveniente en aventurar su vida por la libertad. En tanto que el número de estos fugitivos ó *marrones* no